

LA HABANA EN 1871

Por Don Gual.

Inf, ag 24/947

NUESTRA amada urbe el año trágico de 1871, (el 27 de Noviembre, asesinaron los degenerados defensores de la Colonia a los inocentes estudiantes) era una ciudad tranquila y bastante descuidada. Parece que ese defecto ha persistido a través de todos sus municipios tanto coloniales y republicanos. La Habana de 1871 es la que conoció Mr. Samue' Hazard, y que tan bien describió en su interesante "Cuba with Pen and Pencil", que editó la Hartford Publishing Company, de Hartford, Connecticut. (U. S. A.) De lo primero que escribe S. H., es del calor, que encortió bastante subdito a íz as por eso se lo hacía tan caluroso recibiendo "por doquier". Y confiesa que a pesar de que pasó el invierno en la mortuaria, y tar lién algunos "s", jamás tuvo que sacar el gabán que dormía el sueño de los justos en su baú' trotamundano. Las noches de invierno eran bastante frescas, pero al mediodía el calor siempre era fuerte, asignándose a La Habana unos ochenta grados permanentes. Ya se quejaban en aquellos remotos días, de los hoteles que ofrecían unos colchones "de palo"... Y hoy en 1947, todavía hay mucho de eso en los "suntuosos hoteles" cubanos.

Ya Güines, Marianao y Puentes Grandes ofrecían ciertas primitivas comodidades al viajero, que ansioso de descansar en el trópico tenía que pasar alto muchas incomodidades de aquellos días, algunas que hemos heredado esta generación.

El dinero en Cuba era, como es natural, de acuñación española, con excepción de aquella atractiva moneda que valía 4.24 en plata española, que era el "Luis" francés.

El medio tenía dos variedades. El sencillo que eran cinco centavos y el fuerte que valía seis centavos y cuarto. El real sencillo valía diez y el fuerte doce centavos y medio. La peseta sencilla era de veinte centavos y la fuerte que recuerda al tan conocido "quarter" norteamericano valía veinticinco.

El medio peso plata tenía lógicamente el valor de cincuenta centavos. La peseta fuerte se significaba por el par de pilares de Hércules, que aparecían a los

lados del escudo español. El peso eran cien centavos en plata u oro. El escudo (de oro) representaba dos pesos doce y medio centavos. El doblón. (El Luis valía cuatro veinticinco). La media onza: ocho cincuenta y la onza diecisiete pesos.

El Consulado general de los Estados Unidos de América, estaba muy cerca del lugar donde hoy están instaladas esas oficinas: en Obispo, frente a la Plaza de Armas. En 1871 el representante de Tío Sam, era Thomas Bidle, un correctísimo caballero, probablemente miembro de la muy aristocrática familia de Filadelfia.

Las líneas de vapores que gozábamos entonces eran la Línea Bremen que representaba la casa de Upmann (fundada por Herr Henrich, tío de nuestro inolvidable amigo Herman) que estaba instalada en la calle de Cuba, (el 64) muy cerca de la calle Obispo. La Atlantic Mail S. S. Co., que cobraba sesenta pesos por el viaje a New York, tenía su agencia en la calle de los Mercaderes (12), entre Empeдрado y O'Reilly. La Baltimore Lune, la representaba R. O. Williams, en el 26 de Mercaderes. La Atlantic Coast M. S. L. N. Y., y N. O., la agenciaba un tal Mc Kellar, en el 76 de la calle de Cuba, edificio en la esquina de Obrapia, donde los Zaldos luego tuvieron sus oficinas y que hoy ocupa, una sección de Hacienda. La N. Y. and México Mail de N. Y. (Sisal y Veracruz) cuyos agentes eran los señores Zaldo, Feffer and Co., en Obrapia 25. Lawton Bros, representaban a la Alliance Line en Mercaderes 13. Esta línea hacía paradas en Cedar Keys, Tampa Apachicola y Pensacola. Un tal A. D. Straus, representaba la Phila and Southern Mail de Filadelfia y Nueva Orleans, en Mercaderes 2, que debe haber sido en una de las casonas cerca de la Catedral.

La Habana que vivió Hazard no conocía todavía las guaguas (¡ni las de mulitas de Estanillo!) ni los edificios altos, pues fuera de las torres de las iglesias, la línea de los edificios no pasaba de tres pisos.

La bahía estaba preñada de aquellos botecitos de una veía que hacían el tránsito marino al



pintoresco Regla, y el polieromo Casablanca. De la Punta al pescante del Morro se podía ir por cinco centavos (en Cuba jamás entró el céntimo) esto por pasajero. A los barcos surtos en el puerto, diez centavos de uno a otro muelle se cobraba un medio. Del muelle de Caballería a cualquier barco en puerto, diez centavos; viaje que Hazard calificó como "pleasant sail".

Del muelle a un barco de guerra extranjero, veinte centavos. Por cada maletica, cinco centavos. Por cada baúl, doce centavos. El pasajero que retuviera un bote mientras visitaba un barco en puerto, pagaba diez centavos por cada cuarto de hora. Cuando había mucha marejada el botero trataba de cobrar reales fuertes por sencillos. De seguro que algunos eran los abuelos de los fotingeros abusadores (con los turistas) que hoy disfrutamos...

Los botes pequeños no podían llevar más de cinco, si era grande diez. Desde las diez y media p. m., no se podía transitar por la bahía. Sólo se reanidaba el tránsito al cañonazo del alba.

Parece que Mr. Hazard pasó la "gran odisea" con su pasaporte, que lo retuvieron al entrar en La Habana, y tuvo que pagar cuatro pesos cuando se lo devolvieron.

Los extranjeros tenían un límite de tres meses para residir en la Isla. Parece que entonces el personal era más amable o menos malicioso, pues el yankee no tuvo obstáculo que vencer, al ser examinado su equipaje.

Al turista de ayer como al de hoy, les hace gracia los nombres ridiculos o pintorescos de nuestros comercios como, El Palo Gordo, La Delicia de las Damas, El Escándalo, El Sopapo, La Física Moderna, El Hotel Telégrafo... Un café muy popular de entonces era el de La Dominica, que estaba en la esquina de Mercaderes y O'Reilly donde hoy se ve una moderna estación de gasolina. Las otras esquinas la ocupaban la iglesia de Santo Domingo, el Palacio de los Capitanes Generales y un edificio donde tuvo su banco Don Luciano Ruiz, el padre de Antoñico y María Ruiz (esta úl-

tima, Marquesa Vda. de Pinar del Río).

Los hoteles no se podían comparar a los que ya gozaban los neoyorquinos como el Continental o el Fifth Avenue, pero las deficiencias del Hotel Telégrafo (por ejemplo) se olvidaban al gustar el delicioso café con leche o el aromático chocolate del desayuno, o a la hora del almuerzo (11 a. m.) con refulgentes frutas y frescas ensaladas y las abundantes cenas que empezaban a servir a las cinco o a las seis de la tarde.

El Prado limpio y modesto, se llenaba de bellas damas en quitrines y los caballeros montaban a la inglesa o a la criolla.

El paseo hasta el Jardín Botánico en el Paseo Militar (Carlos III) era un cambio agradable cuando se le habían dado varias vueltas al Prado, entre la Punta y Neptuno.

VIEJAS COSTUMBRES

Los criollos —decía Hazard— desayunan, comenzando con fruta, y terminando con su estupendo café con leche. ¡Con leche! El café solo, negro, está bien como digestivo.

En 1871, a pesar de que La Habana ya tenía doscientos mil habitantes, no podía "presumir" de un gran hotel. Hoy con un millón (o cerca de él) sólo hay un gran hotel, tres o cuatro "regulares" y el resto, no me atrevo a describir aquí. Un tal Coronel Lay, por aquellos años, tomó en arriendo el palacio del Conde de Santovenia y lo convirtió en un hotel: el Santa Isabel. Lay era un cortés caballero de New Orleans, y su hostería era bastante cómoda y agradable. En Cuba las doncellas del hotel eran... donceles. Ya Hazard encuentra el Santa Isabel, frente a la Plaza de Armas demasiado retirado, pues ya toda la animación estaba, de noche sobre todo, alrededor del Parque Central, con sus teatros Payret y Tacón, los hoteles Louvre, Telégrafo, Inglaterra, Estados Unidos, el Diorama...



2

A Hazard le chocó que los habaneros, alquilaban los bajos de sus casas para tenduchos, figones y almacenes de donde subía siempre desagradable olor a aceite y pescado.

El Hotel Inglaterra ya tenía gran prestigio entre los gourmets de la época, donde se podía comer a la carta y en discretos "reservados".

En la Plaza de San Francisco había antes de 1871 un hotel llamado de Europa, de una tal Mrs. Almy. El coleccionista profesor Burgos, me enseñó recientemente una bella litografía de ese hospedaje, con motivo del fallecimiento allí de un gran hombre de ciencias norteamericano. Hoy ese edificio tiene una placa conmemorativa. El negocio terminó en manos de un cubano. También había una buena pensión de una tal Mrs. Tregent.

Los hoteles cobraban por cuarto y comida de tres a cinco pesos diarios, pero no incluían los vinos, que eran excelentes.

En ciertos restaurantes cubanos o franceses se servía el vino (ya el ordinaire o el catalán) sin recargo extra. El Hotel San Luis estaba, como el Inglaterra, en lo que ya empezaba a llamarse la Acera del Louvre, por el hotel y restaurante de la esquina de San Rafael y Prado. En San Ignacio y Obispo, había un hotelón llamado el Aguila de Oro, donde algunos de mis tíos abuelos comían casi a diario, pues daban platos fuertes y vinos más fuertes todavía, que obligaron a mis expépticos parientes a pasar su vejez metidos en un pomo de bicarbonato. Un francés llamado Francois Garcón, tenía por aquellos días un resaurante en Cuba 72, y era frecuentado por los epicúreos de la élite habanera.

Salían costosas las comidas, pero se podían hacer arreglos de quince pesos semanales o cincuenta y uno mensuales, que incluía deliciosos vinos de Burdeos. Claro está que cuando se quería cierto caldo de cierta vendimia, se encontraba, apretando la bi-

lietera. Otro lugar formidable era "Las Tullerías", que estaba en San Rafael y Consulado, frente al teatro Tacón.

Había un piso alto para las damás. Allí y en el Francois, eran los únicos lugares recomendables para llevar a las féminas. "La Noble Habana" era famosa por sus camarones. Un amigo de mi padre se murió allí, después de comerse sesenta de un "solo viaje". Ese venerable "Palacio de Cristal", el mismo de hoy, ya era obligado rendez-vous del comensal de estómago fuerte, pues el chef abusaba del ajo y del buen aceite español.

En aquellos años —recalca Hazard— habían "baños públicos" frecuentados por hombres. A las mujeres no las vió nunca por allí. Una paisana le dijo que se usaba mucho la esquina doblada de una toalla impregnada en aguardiente. Le confesó que una bella señorita que ella sólo se bañaba durante la "estación de los temporales", pues bañarse era una indiscreción...

Que no era criticable cuando se hacía en aguas medicinales. El baño era un acontecimiento semanal.

Me parece que observador Don Samuel, oyó mal. Y debo de añadir que yo, que casi viví esos días, me bañaba diariamente, y cuando mis padres me enviaron al colegio neoyorquino, fué cuando aprendí que allá todavía era el baño un acontecimiento semanal. Hazard también se quejaba de que los cubanos se bañaban, cuando lo hacían con agua caliente o templada, y él estaba acostumbrado a sus ablusiones heladas...

Frente a Belén (la plazoleta entre Luz y Acosta) había una gran casa de baños que tenía barbería y de todo.

LOS BAÑOS

Yo alcancé los baños del doctor Belot, en Prado 69, donde se halla el Hotel Sevilla-Biltmore. En el 45 de la calle de Cuba había un visitado establecimiento de baños. Ya existían sobre el desolado litoral del golfo (hoy Malecón) los baños "Campos Eliseos" y se parecían batante en su lobreguez e incomodidad a los del mayor-



quín Tuero, que nos describió Doña Celia de Cárdenas de Morales, al hablarnos de las Pepillitas de 1900. Todavía existe este tipo de baño poco atrayente en el litoral del Vedado. Con todas las cloacas de La Habana desembocando por allí, está de más decir que no huele todo a Guerlain o a Chanel. En los baños aquellos, los habían de dos tipos: Reservados y Públicos. Estos últimos costaban un real sencillo.

Todavía en 1871, la playa de Marianao estaba tan remota como Ostend o Trouville. El Habana Yacht Club todavía no se había fundado, y sólo tres o cuatro familias habaneras se atrevían a viajar tan lejos.

Los vehículos de alquiler abundaban: calesas y quitrines, pero también la muy novedosa Victoria que llevaba asiento alto para el auriga. El "Volante" de fuele fijo, ya era cosa del pasado, y las "volantes" nuevas tenían fuele flexible. Las altas ruedas de estos aparatitos rodandes, defendían al peatón de las innumerables baches que había en toda la ciudad.

Entonces en La Habana abundaban los establos de lujo, donde se podían alquilar fastuosos quitrines de rojas ruedas, charolada carrocería, y muy uniformado calesero. También se alquilaban "duquesas y milores". Y se alquilaban caballos para pasear por el Prado de 4 a 7.

De La Habana vieja hasta la calle de Aguila se pagaba cuarenta centavos. Hoy en auto se pagan treinta. Un viaje al Cerro, Príncipe o San Lázaro (?) un peso, con uno o más pasajeros. Por hora de paseo adicional un peso.

Si la noche se hacía lluviosa, el cochero podía exigir el doble. En los coches de un solo caballo (ya sean volantes o victorias) un límite de media hora es veinte centavos sencillos. Por un viaje dentro de la hora, cuarenta centavos sencillos. Por un medio día que se considera más de tres horas, veinte reales sencillos, y por un día entero que podía ser de ocho horas, cuarenta reales sencillos.

Ya la calzada de Galiano tenía hermosas residencias casi todas con galerías o soportales. Yo alcancé esa época, y gocé de esos excelentes lugares de observación,

en casa de la Viuda de Fontony, y del doctor Raimundo Cabrera, que vivía en la esquina de San Miguel.

Los principales paseos eran en el Tacón (Carlos III), la calzada de Reina y el Campo de Marte. Ya la alameda de Paula empezaba a decaer, después que de su extremo norte desapareció el Teatro Principal.

EL MERCADO

Hazard visitó el Mercado de Cristina, que todos llamaban la Plaza Vieja, así como al de Tacón se le llama del Vapor y al de Colón, del Polvorín. Allí paseó su mirada de viajero curioso y de buen apetito por las tongas de tasojo de Uruguay, los racimos de plátanos (verdes, pintones y maduros) los suculentos zapotes, los deliciosos mameyes de roja pulpa, los aromáticos anones, atractivos y coloreados mangos, tentadores caniteles y jugosas piñas de la tierra. Las compotas, mermeladas, cascós, jaleas y pastas de guayaba y de mango. El rico culde de leche. Los cascós de naranja en almibar, los de maní y ajonjolí. Los refrescos de panales, guarapo y de frutas. En los mostradores de los pescadores pudo contemplar S. H. la variedad de pescado criollo como la mojarra, el pargo, la cabrilla, la rabirrubia, el mero, etcétera, etcétera.

Para ir hasta la Chorrera, lugar que antes se mostraba a los turistas, por ser el lugar en que se fundó La Habana, cuando fue trasladada de Batabanó, se tenía que ir en un carro tirado por caballos (todavía no había "cucaracha") que salía de la esquina del Teatro Tacón. Salían cada hora, tomaba una media hora ir, todo por veinte centavos.

Inf. ag 2/4/47

